


Editorial
•UNIMAGDALENA•

SANTA MARTA
500 AÑOS


Cinco cuentos para los 500 años de Santa Marta

ESCRITURA JOVEN DEL CARIBE COLOMBIANO



**Cinco cuentos para los 500
años de Santa Marta**
**Escritura joven del
Caribe colombiano**

Laura Carbonó López
María Angélica del Mar Mendoza Manotas
Compiladoras

Colección Santa Marta 500 años



Carbonó López, Laura, autora, compiladora
Cinco cuentos para los 500 años de Santa Marta : escritura joven del Caribe colombiano / Laura Carbonó López [y otros seis] ; compiladoras, Laura Carbonó López, María Angélica del Mar Mendoza Manotas. -- Primera edición. -- Santa Marta : Editorial Unimagdalena, 2025.
1 recurso en línea : archivo de texto: PDF.

Incluye datos curriculares de los autores.

ISBN 978-958-746-946-2 (pdf) -- 978-958-746-947-9 (epub)

1. Cuentos colombianos - Siglo XXI - Colecciones 2. Santa Marta - Vida social y costumbres - Colecciones 3. Santa Marta - Historia - Colecciones I. Mendoza Manotas, María Angélica del Mar, compiladora

CDD: Co863.5 ed. 23

CO-BoBN- a1161331

Primera edición, octubre de 2025

2025 © Universidad del Magdalena. Derechos Reservados.

Editorial Unimagdalena
Calle 29H3 n.º 22-01
Edificio de Innovación y Emprendimiento
(57 - 605) 4381000 Ext. 1888
Santa Marta D.T.C.H. - Colombia
editorial@unimagdalena.edu.co
<https://editorial.unimagdalena.edu.co/>

Colección Santa Marta 500 años

Rector: Pablo Vera Salazar
Vicerrector de Investigación: Jorge Enrique Elías-Caro
Coordinadora de Publicaciones y Fomento Editorial: Angélica María Cortes Martínez

Diseño editorial: Luis Felipe Márquez Lora
Diagramación: Eduard Hernández Rodríguez
Ilustración de portada: Joseph Martínez Pinto
Diseño de portada: Eduard Hernández Rodríguez
Corrección de estilo: Ricardo Adrián Tete Mieles

Santa Marta, Colombia, 2025

ISBN: 978-958-746-946-2 (pdf)
ISBN: 978-958-746-947-9 (epub)

DOI: <https://doi.org/10.21676/9789587469462>

Hecho en Colombia - Made in Colombia

La UNIVERSIDAD DEL MAGDALENA, en su calidad de editora y titular de derechos patrimoniales de autor, y en su propósito de contribuir con la difusión y divulgación del conocimiento, la producción intelectual y la educación, dispone autorizar la reproducción impresa así como su distribución, reproducción digital y puesta a disposición de la totalidad o parte del presente libro de manera libre y gratuita, en tanto se mantenga la integridad del texto y se dé la correspondiente cita a sus autores y mención institucional. No se autoriza la realización de versiones derivadas ni traducciones o adaptaciones. Queda prohibida la comercialización o venta a cualquier título de este material.



Las opiniones expresadas en esta obra son responsabilidad de los autores y no comprometen al pensamiento institucional de la Universidad del Magdalena, ni generan responsabilidad frente a terceros.



Colección Santa Marta 500 años

Así como no se conoce el valor y belleza de la perla hasta que, abierta la concha que la ocultaba, se deja ver ella a todas luces hermosa; así la provincia de Santa Marta, por más rica, fecunda y preciosa que sea, permanece en nuestros días oculta, y quedará para siempre poco estimada por no conocida si no se rasgara el velo de la ignorancia que la encubre [...].

Antonio Julián: *La Perla de la América,
provincia de Santa Marta.*

A través de esta colección, la Editorial Unimagdalena conmemora el quinto centenario de la fundación de Santa Marta dando testimonio de su exuberante naturaleza, rica historia y prolíficas manifestaciones culturales, para que las presentes y futuras generaciones conozcan, admiren y preserven la perla más hermosa del Caribe colombiano.

Contenido

Presentación	6
La primera llama sagrada: el encendido de la catedral de Santa Marta	8
Las olimpiadas de la bahía.....	12
La mujer del cacique	15
Si la arquitectura hablara	18
Bajo el asedio de Drake: la aventura de Aty Gundiwa	22
Biografías	28

Presentación

En el marco de la conmemoración de los 500 años de fundación de Santa Marta, la ciudad más antigua de Colombia y una de las más emblemáticas del continente, presentamos con orgullo este libro de cuentos escrito por jóvenes estudiantes samarios. *Cinco cuentos para los 500 años de Santa Marta. Escritura joven del Caribe colombiano* es un producto de cocreación e investigación de los semilleros de Historia, Moda y Cultura en Colombia, a cargo de la docente Laura Carbonó López, y Negritudes y Perspectivas de Historia Social y Económica, liderado por la docente María Angélica del Mar Mendoza Manotas, de la Universidad del Magdalena. Con esta publicación se buscó, primero, aportar a la narrativa del territorio e introducir a los participantes en el mundo de la escritura creativa, y segundo, incentivar la lectura sobre los hechos históricos de la ciudad.

Estos cuentos, escritos por los semilleristas e ilustrados por el estudiante Ly Joseph Martínez Pinto durante el año 2025, son testimonio vivo del amor por nuestra tierra, la creatividad y el compromiso con la memoria histórica y la identidad de nuestra generación de jóvenes. A través de los relatos, sus autores nos llevan a recrear nuestro mar Caribe, la Sierra Nevada, los pueblos, los barrios, la calles y los sueños que nos representan.

Cinco cuentos para los 500 años de Santa Marta
Escritura joven del Caribe colombiano

Agradecemos a los estudiantes que participaron con su pluma y su pasión por la historia y por nuestro patrimonio. Que esta compilación sea una inspiración para continuar escribiendo sobre Santa Marta más allá de estos cinco siglos.



Ly Joséph Martínez Pinto

La primera llama sagrada: el encendido de la catedral de Santa Marta

Por Hylary Valentina de la Hoz Arrieta

Santa Marta, con sus características inconfundibles, como la Sierra Nevada, el mar y, cercana a su jurisdicción, la magnífica Ciénaga Grande, es, sin duda, una perla prístina e inmaculada. Y no solo le bastó con ser tan bella y diferente, sino que fue de las primeras ciudades fundadas en Suramérica (1525) que sobrevivieron al tiempo. El mismo Rodrigo de Bastidas, quien le había echado ojitos desde 1502, se le dio por hacer un recorrido por toda la costa Atlántica de lo que hoy es Colombia. Fue este conquistador, con ayuda de los indígenas de la zona, quien construyó el primer asentamiento para sus hombres, animales, y un astillero para sus naves. Su expedición viajó junto a sus mujeres y dos religiosos de la Orden de la Merced, quienes pusieron la primera piedra de la primeriza sagrada iglesia de Tierra Firme.

Cuando se habla de iglesias en las primeras ciudades del Caribe, se suele pensar mucho en para qué servían. Para escuchar misa (eso es seguro), para evangelizar y también para gobernar las parroquias o pequeñas iglesias a su alrededor. Claro, es que representaban autoridad y poder; pero, además de eso, una de sus funciones esenciales era

arraigar a las personas en las ciudades, crear comunidades estables y fijas.

Por eso, cuando se descubrió y pobló América, los reyes españoles ordenaron crear catedrales por todos lados, aquí y allá, donde más las necesitaban y se podían establecer. Santa Marta estaba situada al pie de la montaña más majestuosa, imponente y, sobre todo, alta del mundo. Era una ciudad llena de rarezas ancestrales, oro, perlas, mar, montañas y bellezas extrañas. Era el centro de atención de quienes serían los protagonistas de estas hazañas de horror e impedimento al desarrollo urbano y económico durante la dominación española. A estos factores se sumó su proximidad a la ciudad de Cartagena, que la perjudicaba considerablemente.

La piratería asoló las costas del Caribe durante los siglos XVI y XVII en busca de la riqueza que en ese momento tenían nuestras tierras. Dado que los hechos son del pasado y son continuamente escrito en el presente para no olvidar la historia y recordarla en el futuro como la historia representativa del Santa Marta, fue el puente entre España, Santo domingo, el Nuevo Continente y, más adelante África, siendo el punto de partida para los europeos e ir adentrándose a nueva tierras al interior de nuestro país. El sol quien fuera testigo de diferentes disputas y horrores, un día las campanas de la catedral de Santa Marta tañeron con urgencia. Era una señal de advertencia: los piratas se acercaban nuevamente.

El obispo de ese entonces, Juan del Rosario, que acababa de terminar sus oraciones en el altar, alzó la mirada. Sabía lo que significaba esa campanada desesperada: la muerte y el saqueo acechaban de nuevo. Los habitantes

se apresuraron a esconder sus posesiones. Algunos huyeron a las montañas, otros se atrincheraron en sus casas con armas improvisadas. Sin embargo, la ciudad no tenía suficiente fuerza militar para resistir. Y al amanecer, las aguas del puerto reflejaban la imagen de un monstruo de velas y cañones.

Los piratas desembarcaron nuevamente sin resistencia y las puertas de la ciudad fueron derribadas a golpes de acero y pólvora. Santa Marta ardía. Fue entonces cuando Grammont fijó su mirada en la catedral. La iglesia, construida con piedra firme, aún se alzaba imponente en medio del caos. Para el corsario, destruirla sería el golpe final contra la ciudad. Si quemaba el corazón de su fe, los samarios jamás se recuperarían.

Las llamas comenzaron a consumir los bancos y el altar mayor. El humo denso llenó la catedral mientras las campanas sonaban por última vez, como un lamento desesperado. El pueblo miraba impotente cómo su casa de oración ardía en la noche. Pero entonces algo sucedió. Una tormenta inesperada se desató sobre Santa Marta. El viento sopló con fuerza y la lluvia cayó en torrentes. El fuego, que debía consumir la catedral por completo, se apagó poco a poco.

Esa misma noche, los piratas abandonaron la ciudad con su botín, pero Santa Marta quedó en pie. Y aunque la catedral fue saqueada y dañada, nunca cayó completamente. Años después, la ciudad quedó devastada, sin rasgos de vida y esperanza. De lo que antes era el epicentro de mezclas indígenas, africanas, pescado, frutas y alimentos no quedaba ni pizca por tanta quemazón. Increíblemente, soportó ser quemada más de veinte veces hasta 1692.

Ladrillo a ladrillo los siguientes años la catedral fue reubicada a una nueva plaza para que no fuese atacada por los piratas. En 1795 se entrega con unos pocos enseres, pero el pueblo en toda su devoción llenó de canticos de alegría y regocijo la nueva edificación. Y ante su frontis se inscribe *Omnium Colombianae Ditionis Ecclesiarum Mater*, o «Madre de todas las iglesias de Colombia». Es la declaración de fe y el amor de todos los samarios por su perla, única y sublime, que sigue en pie hasta el día de hoy.



Las olimpiadas de la bahía

Por Keisy Yuliana Olaya Camargo

Desde finales de junio, las gentes de la Perla de América se preparan para las Fiestas del Mar, que se celebran cada año en honor a la fundación de la ciudad. Por el mes julio, las aguas de la bahía de Santa Marta brillan bajo el sol del Caribe. Aparecen enseguida los colores de las velas que se despliegan para la celebración de los Juegos Náuticos de las Fiestas del Mar que, desde 1959, se llevan a cabo. Este año las festividades serán en honor a los 500 años de la ciudad. El evento es especial, no solo por el significado de la fecha, sino porque para este año se ha preparado algo que nadie había visto: las Olimpiadas de la Bahía, en tributo a la historia marinera de la ciudad.

Con el amanecer, los corales dibujan figuras alrededor de las embarcaciones que participan. Las hay de distintos tamaños. Cinco siglos de historias de navegación aparecen frente a los miles de espectadores. Canoas indígenas tayronas hechas de una sola pieza, réplicas que rememoraban los tiempos de antes de la invasión española, cuando el río grande y los mares eran los caminos del comercio de los habitantes de estas tierras. Las goletas con sus alegres velas se anuncian frente a la bahía. La multitud grita de entusiasmo. Las guirnaldas coloridas salen por la boca de un cañón

antiguo, apostado en El Morro. Lejos de la línea de playa, las lanchas y los barcos de madera vuelven de la sombra del pasado para mostrar cómo eran las faenas en las que los pescadores dominaban el horizonte con sus redes. Finalmente, los barcos contemporáneos, de última tecnología, que simbolizan el presente y el futuro de la navegación de la ciudad. La multitud de la playa grita cuando escuchan la concha marina que da inicio a la competición. La primera embarcación en salir es la canoa tayrona, impulsada por remeros que visten túnicas de algodón y collares de perlas, seguidos por la goleta pirata que despliega con ferocidad y dispara un cañonazo de papelitos coloridos. El bullicio del público se mezcla con los sonidos de las botellas que se descorchan.

La competición avanza con júbilo hasta la última etapa. Entonces se produce una sorpresa: la lancha pesquera y el velero contemporáneo compiten por la meta. La brisa fuerte sopla. Aparece un viejo marino. Tiene la piel curtida por el sol, las barbas blancas y esponjosas y una mirada tan profunda como el océano. Alguien juró que era el espíritu de uno de aquellos viejos capitanes samarios, que había venido desde el fondo del pasado para estar presente durante la ceremonia de la ciudad a la que había amado tanto en vida.

El viejo marino levanta su mano, y en ese instante el viento favoreció a ambas embarcaciones, enviándolas a la línea de meta. La gente grita y aplaude. La victoria de las olimpiadas no es para uno, sino para todos los que alguna vez surcaron las aguas del mar Caribe.

Han pasado ocho horas. La tarde cae lenta y el cielo es naranja. La marea de personas sigue hablando del viejo marino, ahora convertido en leyenda.

Al llegar la noche, la historia del viejo marino se unirá a las leyendas de la bahía. Algunos dirán que era un viejo pescador; otros, que era Rodrigo de Bastidas. Pero quizá los marineros de la bahía comenzarán a decir que, en cada Fiesta del Mar, el espíritu del viejo marino llegará para recordarles a las gentes de Santa Marta que ellos no solo viven en el tiempo, sino que navegan en el tiempo y contra el olvido.



La mujer del cacique

Por Jhensy Nareth Hurtado Henao

Cuentan los viejos de Taganga que, una noche, cuando la luna alumbraba clarito el mar, llegaron los españoles con su maraña de engaños y trampas. Se metieron calladitos entre las chozas, buscando lo que no se les había perdido. Y justo cuando el pueblo dormía, agarraron a Lucero, la mujer del cacique Dumaruca, la envolvieron en un trapo y salieron disparados pa' Santa Marta.

Lucero no era cualquier mujer; era el alma luminosa de Taganga. Su piel cobriza resplandecía con el reflejo de la luna, como si el mismo mar la hubiera bañado en plata. Su cabello, largo, negro azabache y liso, enmarcaba su rostro con una belleza imponente. Sus ojos, grandes y profundos como el océano, guardaban la furia de las tormentas y la calma de las aguas serenas. Su cuerpo esbelto y ágil llevaba la fuerza de quien crece entre la montaña y el mar, y su vestimenta, adornada con cuentas de conchas y plumas marinas, hablaba de su linaje y su conexión con la naturaleza.

Pero, ah, mijito, los tagangeros no se iban a quedar con los brazos cruzados. Apenas se regó la noticia, los guerreiros cogieron sus macanas, se pintaron las caras con achiote y se lanzaron tras los ladrones. Dumaruca, con su hermano Wizhuka y el joven valiente Ucumar, lideraban la cacería.

La rabia les hervía la sangre, y la brisa salada les avivaba el valor. Sabían que el mar y la montaña los protegían, que los espíritus de sus ancestros les daban fuerza. Taganga no era solo su hogar: era su alma, y no permitirían que nadie rompiera su equilibrio sagrado.

Porque Taganga, mijito, no era un simple pueblo. Era una de las primeras naciones de tierra firme que hicieron las paces con los españoles. Pero la hospitalidad tenía un límite, y la lealtad de su gente se quebraba cuando se metían con lo más sagrado: su familia y su libertad. Lo que hicieron los hombres de Pedro de Ursúa fue una ofensa imposible de perdonar.

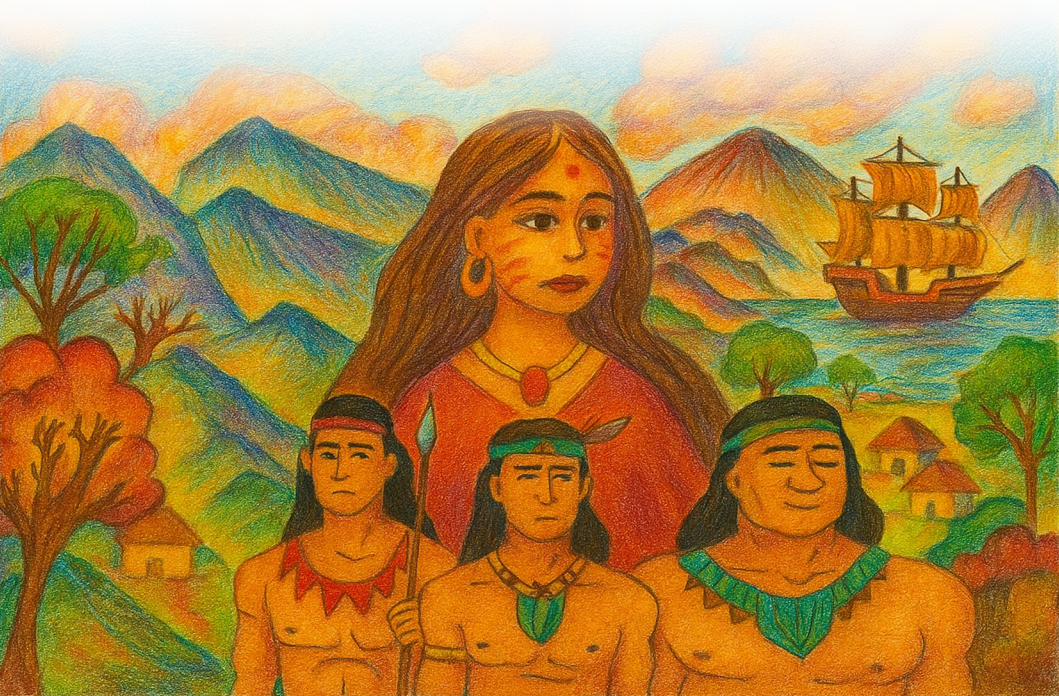
Mientras tanto, en la comitiva española, el capitán Ruy Pérez, un hombre altivo y confiado, creía que la travesía sería un paseo. Junto a él iba su escudero Esteban, que no paraba de mirar hacia atrás con desconfianza. Lucero, con los ojos encendidos de furia, no perdía detalle del camino, esperando la oportunidad para liberarse. Sentía la presencia de sus dioses en el viento y en cada roca que pisaba; sabía que su gente vendría por ella. Porque en Taganga el mar habla, la brisa avisa y las olas protegen a los suyos.

En la mitad del camino, por una vereda escondida entre los montes, los alcanzaron. Los españoles no se lo esperaban; pensaban que todo les saldría suavemente, como siempre. Pero no, compadre, los tagangeros cayeron como un vendaval. Las macanas golpeaban, las flechas silbaban y los gritos de guerra rompían la noche. En el caos, Lucero aprovechó un descuido de Esteban y le propinó un codazo en la cara, logrando soltarse.

Los españoles, asustados, intentaron defenderse, pero en esa oscuridad y en ese monte ajeno, no tenían chance.

Uno a uno fue cayendo, hasta que los que quedaron vivos salieron corriendo, dejando todo tirado. Ruy Pérez, herido y maltrecho, intentó huir, pero Wizhuka lo alcanzó y, con un golpe certero, acabó con su arrogancia para siempre.

La mujer del cacique fue rescatada y, dicen, volvió a su casa sin un rasguño. Esa noche, Taganga no durmió. Hubo fiesta, hubo tambor, hubo chicha y otros licores. Porque había que celebrar: el mar, la tierra y la gente seguían siendo libres. Y así ha sido siempre, porque el que nace con salitre en la sangre no se deja arrebatar lo suyo así no más. Y mientras las olas susurraban su eterna canción, los ancestros miraban desde las estrellas, sabiendo que su legado seguía vivo.



Si la arquitectura hablara

Por Christian Camilo Charrasquiel Fernández

Si la arquitectura hablara, no lo haría con palabras, sino con crujidos suaves y cantos invisibles que solo el viento comprende. En el Centro Histórico de Santa Marta, cada cornisa desgastada canta su propio bolero al atardecer, cada muro agrietado guarda secretos que solo la luna ha escuchado, y cada plaza enmudecida espera, como un viejo trovador, a que alguien le pida una historia.

Dicen que por estas calles el tiempo no camina: flota. Se esconde en las sombras alargadas de los faroles, se acuesta en los tejados cuando cae la tarde, y a veces juega con los gatos que se pasean sin prisa por los callejones. En este rincón cálido del Caribe, la ciudad parece hechizada por su propio pasado, soñando despierta entre capas de olvido y polvo dorado.

Y no es una metáfora. Porque hay noches en que la ciudad realmente sueña. Cierra sus postigos invisibles y empieza a imaginarse a sí misma en otros siglos. Entonces, los adoquines se aflojan un poco, como para respirar mejor, y las fachadas murmuran en idiomas antiguos. Si uno se queda lo bastante quieto —sin parpadear, sin hacer ruido—, puede ver cómo del portón de una casa sale una pareja vestida de otro tiempo, bailando un danzón que solo ellos escuchan.

Hubo un tiempo en que las plazas eran corazón y voz. Cuando las risas eran tantas que rebotaban en las fachadas, y los pies dejaban huellas que el adoquín aún no ha querido soltar. Hoy, los parques guardan esos ecos como se guarda un recuerdo querido: con ternura y un poco de tristeza. Las bancas, aunque oxidadas, aún susurran nombres en voz baja, y los árboles se inclinan como ancianos que escuchan más de lo que dicen.

Dicen que hay uno, un samán junto a la antigua estación, que cada tanto suelta hojas en forma de cartas. Pero nadie ha sabido leerlas del todo: están escritas con una paleografía que se nos escapa.

El Centro no es museo, pero tampoco es escenario vacío. Es un alma descalza caminando entre los restos de lo que fue, con la mirada puesta en lo que podría volver a ser. Algunas fachadas, orgullosas, aún se visten de gala, aunque por dentro el tiempo les haya comido los cimientos. Hay belleza, sí, pero es una belleza cansada, que pide cuidados en lugar de halagos. A veces, cuando llueve, se oye a las paredes suspirar. No de tristeza, sino de alivio: es como si el agua les recordara que aún están vivas.

A mediodía, el sol se escurre por los callejones estrechos como un niño travieso. Cada paso que uno da en estas calles puede despertar una historia dormida: la voz de un pregonero, el canto de una madre, el sonido de un tambor lejano. No todo está, pero nada se ha ido del todo. El aire huele a historia, a una que resiste, aunque no la escuchen.

Algunos dicen que hay guardianes. No policías ni guías turísticos, sino seres de otra época que cuidan la memoria. Una anciana que solo aparece al caer la tarde, barriando la entrada de una casa que ya no existe. Un hombre sin sombra

que recorre los techos, reparando goteras con palabras antiguas. Y una niña, siempre la misma niña, que mira por las ventanas cerradas, como si aún esperara que alguien regrese.

Santa Marta sueña. Sueña con volver a ser esa ciudad de puertas abiertas y patios floridos, donde cada ventana era una invitación, y cada esquina, un encuentro. Hoy, a veces, parece que el sueño se desvanece entre la pintura descascarada y las paredes que tiemblan. Pero aún sueña. Y en ese sueño, hay quienes escuchan. Hay quienes, al caminar, sienten que las piedras les cuentan cosas. Cosas importantes. Cosas urgentes.

Porque no todo está perdido. Aún hay quienes, con paso lento y mirada curiosa, recorren estas calles como quien explora un libro antiguo. Y en ese andar, le devuelven algo de vida al relato. El alma del Centro Histórico no está en sus balcones ni en sus campanas oxidadas: está en el recuerdo que despierta, en la emoción que provoca, en el silencio que deja después de una visita.

Algunos afirman que, si uno escucha con atención suficiente, puede oír a la ciudad hablar consigo misma. A veces discute. A veces canta. A veces llora por los árboles que fueron talados, por las casas vendidas, por los niños que ya no juegan en las plazas. Pero también ríe, cuando alguien toma una foto sin prisas, cuando un niño se asombra con los monumentos, cuando un visitante toca la pared y dice, con un susurro, «*esto es hermoso*».

Santa Marta no es solo una ciudad antigua: es un espíritu que susurra desde los rincones. Entre la restauración y el abandono, entre el turismo fugaz y la memoria persistente, la arquitectura se vuelve voz. Y esa voz, aunque suave, no se ha callado.

Si la arquitectura hablara —y quizás lo hace cada vez que se le presta atención—, nos diría que no quiere monumentos de mármol, sino manos que la cuiden, ojos que la vean, y pasos que la recorran con amor. Y tal vez, solo tal vez, cuando eso ocurra, el Centro Histórico deje de ser un recuerdo bonito para convertirse en una historia viva, contada en presente.

Y en esa historia —una donde los faroles guían sueños, donde las paredes aún recuerdan los nombres, y donde la ciudad no teme envejecer con dignidad—, quizás nos demos cuenta de que no somos simples transeúntes. Somos parte del hechizo. Parte del relato. Parte de la voz.



Bajo el asedio de Drake: la aventura de Aty Gundiwa

Por Melissa Trillos García

Aty Gundiwa se encontraba cerca de aquella montaña que tanto llamaba su atención, ese lugar prohibido que solo podían pisar los mamos: Aty Naboba, a la que veía nevar todos los días.

Desde su posición solo lograba ver parte de esta, pero eso era suficiente para que ella se sintiera un tanto emocionada. Cerró sus ojos, respiró profundo y decidió regresar. Mientras recorría la Sierra Nevada, se puso a pensar en Santa Marta. Le resultaba increíble que en unos cuantos meses la ciudad cumpliría 500 años. Y aunque ella no la conocía, soñaba con hacerlo. Había escuchado tantas historias que se había convertido en un deseo profundo.

Era una apasionada de la historia, por ello le encantaba visitar a Aty Seykuindiwa, una anciana sabia, divulgadora de historias y tejedora de artesanías. Seykuindiwa solía tener historias majestuosas por contar, y Gundiwa, en secreto, soñaba ser algún día como ella. Por eso iba de un lado a otro en busca de conocimiento y aventuras que poder contar. También solía reflexionar sobre la vida, tan misteriosa y atrayente. Le fascinaba pensar en cómo es que existía esta misma. Sin embargo, Seykuindiwa siempre tenía una respuesta a sus preguntas y eso le encantaba.

Con cada paso que daba, Gundiwa inhalaba con más fuerza el aire fresco y húmedo. Su piel estaba fría, pero a ella no le molestaba, al contrario, le hacía sentir una mejor conexión con la naturaleza y la vida misma. Ella era feliz ahí, en medio de los árboles, ese era su lugar y era innegable. En su recorrido de vuelta, llegó al camino empedrado por el que debía cruzar. Allí pidió un deseo, como solía hacer, y luego sonrió. Sus facciones se iluminaron: le gustaba hacer cosas que otros no, se sentía dueña de sí misma de esa manera.

Se detuvo ahí y recogió algunas piedras con diferentes figuras y tamaños; las llevaría para jugar con sus cuatro hermanitas menores. También intentó contar las hojas distintas que lograba divisar. Luego continuó el recorrido, pero algo había cambiado, el ambiente se sentía distinto y Gundiwa no entendió el porqué. De repente, notó algo extraño: una piedra con una forma peculiar. Su color violáceo era llamativo incluso a distancia. Frunció el ceño mientras se acercaba. Era extraño que no la hubiera visto antes, ella frecuentaba ese lugar. ¿Significaría algo? Se preguntó mientras la observaba con detenimiento. Se dio cuenta de que la roca tenía una inscripción en un lenguaje desconocido. Un lenguaje olvidado, pensó, recordando unas palabras que Seykuindiwa había pronunciado hacía un buen tiempo.

—En los años antiguos, cuando el mundo era nada, se dice que los mamos tenían poderes. Cada uno poseía uno diferente, pero el más llamativo era el poder de manejar un lenguaje distinto al que actualmente se maneja. Ese lenguaje se escribía al revés y nadie lo conoce. Los poderes de esos mamos fueron condenados al olvido y se desvanecieron con el tiempo.

Gundiwa tocó el collar que colgaba de su cuello por inercia. Observó en todas las direcciones posibles, cerciorándose de que se encontraba sola. Posó sus dedos por la roca, acariciando la inscripción. Luego alzó la vista y vio algo extraño: había una especie de luz grisácea en el aire, pero no se trataba de humo. ¿Estaba viendo bien? ¿Era realmente eso posible? Pestañeó y dejó de verlo. Su corazón aceleró sus rítmicas palpitaciones. El lugar estaba en completo silencio. Curiosa y llena de intriga, se desvió de su camino habitual, siguiendo ahora un sendero de flores. Llegó a una cueva desconocida, y mientras cerraba sus muñecas en forma de puños y después las abría, volvió a ver esa luz grisácea. Un cosquilleo recorrió la palma de sus manos por un breve instante.

Estaba tan ensimismada viéndola que no fue consciente de sus pies moviéndose ni mucho menos notó el tronco bajo estos, tronco que la hizo caer y entrar de lleno a la cueva. Un gran grito brotó desde su garganta. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que no estaba en la cueva. ¿Dónde estaba? ¿Qué había pasado? Se preguntaba mientras recorría visualmente el lugar al tiempo que se ponía en pie y limpiaba su ropa.

De repente comenzó a escuchar gritos lejanos que poco a poco se hacían más audibles. Personas corriendo aparecieron en su campo de visión. Gundiwa estaba confundida. ¿Qué era todo eso? ¿Qué estaba ocurriendo?

—¡Corran, corran todos!

—Sí, corran. ¡El corsario Francis Drake llegó a la bahía de Santa Marta! —gritaban los hombres al pasar.

¿Santa Marta? Eso no tenía sentido. No podía ser cierto.

—¡Dicen que llegó con una flota de 28 barcos y más de 2.000 hombres!

—¡No es posible! —gritó una mujer—. ¡Dicen que viene de Riohacha!

La multitud pasó al lado suyo y alguien agarró su mano. Alzó la vista y se encontró con la mirada llena de compasión de una mujer; su cabello oscuro era rizado y abundante. Pero no tuvo tiempo de observarla con mayor detenimiento.

—¿Qué haces ahí de pie? ¡Corre!

—¿Qu-qué está pasando? —fue todo lo que logró musitar.

—Los ingleses están combatiendo contra las fuerzas españolas.

Gundiwa no alcanzó a preguntar más nada, la mujer desconocida la tomó del brazo y la llevó lejos de donde estaba. En el camino escuchó improperios a Francis Drake. ¿Francis Drake? Ella había escuchado ese nombre. No, no podía ser cierto. ¿Estaba en 1596? ¿Cómo había viajado 429 años al pasado? ¿Era una ilusión o todo era real?

Llegaron a un lugar extraño para ella, allí había niños, mujeres y personas mayores. Era una especie de escondite. La mujer le regaló una sonrisa antes de acercarse a unos niños; supuso que serían sus hijos o familiares. Gundiwa, en medio de la confusión, caminó de un lado a otro hasta que encontró una abertura en un lado del tejado. Desde allí podía ver el mar. En otro momento se hubiera alegrado, pero no ahí. Todo era un caos. Después del combate, los ingleses tomaron la ciudad y comenzaron a saquearla, robando oro, plata, joyas y otros tesoros. Ella estaba tan atemorizada que rogaba a la Madre Tierra para que todo acabara pronto. Los gritos se escuchaban por todas partes. Muchos de sus habitantes fueron tomados como rehenes. Las mujeres les pedían a los niños que no hicieran ruido.

Gundiwa no sabe por cuánto tiempo estuvo allí con los demás, pero pasaron días, hasta que Drake se retiró de la ciudad cuando terminó el saqueo y la destrucción, llevándose consigo los tesoros y los rehenes. Pero antes de eso incendió todo. En los ojos de la chica arhuaca se veía el fuego alzarse y atemorizar a la población. Gundiwa estaba viviendo una agonía.

De golpe todo estuvo en silencio, no escuchó murmullos ni gritos, y el ambiente era diferente. Cuando se percató, se encontraba en la misma cueva que recordaba. Tenía una sensación de pérdida que no la dejaba sentirse tranquila.

¿Todo había sido producto de su imaginación? ¿Alguien le creería? Ni siquiera ella podía creer todo lo que presenció. En silencio pidió al cielo por ella y por sus hermanas.



Ly Joséph Martínez Pinto

Biografías

Laura Carbonó López

Magister en Historia (Universidad Nacional de Colombia). Docente e investigadora del Programa de Historia y Patrimonio de la Universidad del Magdalena, miembro del grupo de investigación en Historia, Patrimonio y Creación Artística y Cultural (GIHPCAC).

María Angélica del Mar Mendoza Manotas

Doctora en Historia (Universidad de Concepción). Docente e investigadora del Programa de Historia y Patrimonio de la Universidad del Magdalena, miembro del grupo de investigación de Historia Empresarial y Desarrollo Regional.

Hylary Valentina de La Hoz Arrieta

Estudiante del Programa de Historia y Patrimonio, Facultad de Humanidades Universidad del Magdalena.

Melissa Trillos García

Estudiante del Programa de Historia y Patrimonio, Facultad de Humanidades Universidad del Magdalena.

Christian Camilo Charrasquiél Fernández

Estudiante del Programa de Historia y Patrimonio, Facultad de Humanidades Universidad del Magdalena.

Jhensy Nareth Hurtado Henao

Estudiante del Programa de Historia y Patrimonio, Facultad de Humanidades Universidad del Magdalena.

Keisy Yuliana Olaya Camargo

Estudiante del programa de Historia y Patrimonio, Facultad de Humanidades Universidad del Magdalena.